

DESFOFOSILIZAR LA VERDAD

La mentira parece dominar el mundo. Ya en "La función política de la mentira moderna" (1945) Alexandre Koyré clamaba descorazonado que "Jamás se ha mentido tanto como en nuestros días, ni mentido de una manera tan descarada, sistemática y constante". Hannah Arendt en "Verdad y política" (1967) proseguía sentenciando que "El hombre moderno está impregnado de mentira, respira la mentira, está sometido a la mentira en cada instante de su vida". Y Jean-François Revel en "El conocimiento inútil" (1988) reconocía en la mentira rango de energía motriz en la historia: "La primera de todas las fuerzas que rigen el mundo es la mentira".

La mentira es ante todo un acto intencional. Para que exista mentira, el elemento fundamental es una doble intención, la intención de falsear y la intención de hacer creer. Sin intencionalidad, sin esa doble intención, no habría mentira sino error. Así, la referencia ontológica, tanto para la mentira como para el error, es la verdad: el compromiso plausible con una exactitud a los hechos. Pero existen muchas categorías de verdad según la verdad se aplique a los diferentes dominios de la vida y mantenga un cierto nivel de crédito en su pulso con esa mentira al acecho. Por ejemplo, en cualquier interpretación de la historia la verdad suele doblegarse al servicio de ideologías y agendas políticas; el historiador apela a la neutralidad pero maneja los documentos como los abogados blanden sus evidencias en un juicio: enfatizando lo que puede beneficiar a su causa y descartando lo que puede perjudicar. Ese clientelismo resulta aun más obvio en la política, hasta el punto que la "verdad política" se antoja a muchos un oximorón. La política es el escenario más fecundo para la mentira: "Las mentiras siempre han sido consideradas como herramientas necesarias y legítimas, no sólo del oficio del político o del demagogo, sino también del oficio del hombre de Estado. ¿Por qué esto es así? ¿Y qué significado tiene, por una parte, en cuanto a la naturaleza y la dignidad del ámbito político, y por otra en lo que se refiere a la naturaleza y la dignidad de la verdad y de la buena fe?" (H. Arendt, 1967). En la política la mentira no se combate con la verdad sino con una mentira mayor.

Frente a la fragilidad de las verdades, la verdad científica es la que goza de mayor prestigio. Se nos presenta como una verdad inmaculada y desinteresada, que debe salir airosa de un sinnúmero de pruebas de verificación que garantizarán su irrefutabilidad. En la perspectiva que proporciona el tiempo hoy somos conscientes de que la ciencia –entendámonos, las ciencias naturales– son solo un sistema de verdades provisionales. Pero el valor de esa provisionalidad se fundamenta en métodos racionales y rigurosos de universalidad, experimentación empírica, comparación, comprobación, contraste, replicación y falsabilidad¹, los cuales proporcionan un respetable grado de confianza y credibilidad.

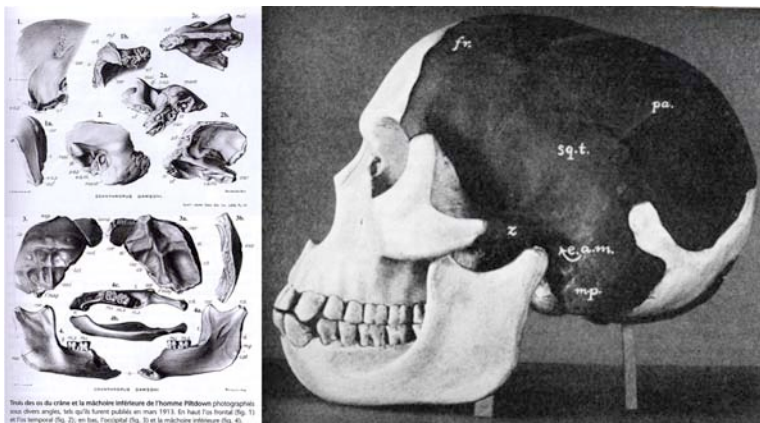
A pesar de eso la ciencia no se ha visto exenta de fraudes y mentiras. Una de las disciplinas donde abundan esos casos es la paleontología, sobre todo cuando el estudio sobre el origen de la vida –y de la vida humana en particular– supuso un conflicto de versiones entre el conocimiento racional y los dogmas religiosos, esto es, entre las teorías evolutivas de Lamarck y Darwin y las teorías creacionistas:

¹ La falsabilidad es un concepto debido a Karl Popper y que establece que una hipótesis científica es incorrecta si constan excepciones que refutan los resultados predichos.

unas hablaban de genética, adaptación al entorno y selección natural; las otras efectuaban una lectura literal del relato bíblico. El episodio donde el fraude resultó más flagrante fue sin duda el del llamado Hombre de Piltdown.

Hace 20 millones de años los simios ya poblaban los continentes africano y euroasiático. A mitad del siglo XIX los paleoantropólogos habían descubierto numerosos testimonios fósiles de los homínidos y de algunos neardentales – primeros vestigios de especies humanas no *sapiens*. Se priorizó a partir de entonces la búsqueda de un "eslabón perdido", es decir, una especie transicional entre primates superiores y humanos modernos que manifestase una morfología intermedia. En distintos lugares de Asia y África aparecieron restos como el del hombre de Java (o *Pithecanthropus*) y del hombre de Pekin (o *Australopithecus*), que satisfacían los requisitos requeridos para ese eslabón. No obstante la comunidad científica occidental, impregnada de indisimulados prejuicios eurocéntricos y racistas, veía con malos ojos que las evidencias disponibles en ese momento situasen el origen humano fuera de suelo europeo o caucásico. Por eso celebró con aliviado júbilo la fortuita exhumación en el pequeño pueblo inglés de Piltdown de unos vestigios óseos que, esta vez sí, merecían ser considerados como pertenecientes al anhelado "eslabón perdido". Además de los especímenes "franceses" (Cromagnon) y "alemanes" (Neardenthal), el descubrimiento venía a confirmar que algunos de nuestros antepasados tenían flema británica, tomaban el té a las 5 y entonaban *God Save the Queen*.

El 18 de diciembre de 1912 el mundo quedó conmocionado con la noticia de que en una pequeña localidad de East Sussex, al sur de Londres, se habían encontrado los restos del progenitor del linaje humano más antiguo del que se tuviera registro. Un obrero había dado con ellos casualmente en 1908 mientras trabajaba en una cantera y los había entregado al arqueólogo aficionado Charles Dawson. El hallazgo se componía de un fragmento de un cráneo (básicamente las placas parietal y temporal), una mandíbula y un diente suelto. Dawson recabó la colaboración del eminente paleontólogo Smith Woodward, del Museo Británico, y tras varios años de investigación ambos convencieron a los especialistas de que se trataba de un antecesor humano que habría vivido al principio de la era glacial hace más de medio millón de años. Poco antes de su muerte en 1916, Dawson declaró haber encontrado más fragmentos de otro esqueleto, pero nunca llegó a revelar el emplazamiento del segundo yacimiento. El espécimen fue bautizado como *Eoanthropus dawsoni*, haciendo un guiño al nombre de Dawson que fonéticamente podría transcribirse como "hijo del alba" (Dawn-son).



Aunque surgieron dudas sobre la antigüedad y el origen de esos restos, durante cuatro décadas nadie osó desautorizar su autenticidad convincentemente. Por fin, el odontólogo Alvan T. Marston determinó que la mandíbula de ese esqueleto pertenecía a un orangután, el diente suelto a otro tipo de simio y el cráneo a un humano. Y en 1953, tres científicos ingleses Oakley, Weiner y Le Gros Clark, aplicaron la nueva técnica de datación por radiocarbono a los restos de Piltdown y corroboraron incontestablemente que se trataba de un fraude. Alguien había mezclado un cráneo humano con una mandíbula de orangután, siendo tratadas ambas piezas químicamente para darles una apariencia de envejecimiento muy persuasiva. Se barajaron muchas cábalas respecto a la autoría de esta monumental falsificación, y entre los sospechosos se apuntaba, en primer lugar, al propio Dawson, en cuya colección se descubrieron a su muerte numerosas piezas falsas, así como al heterodoxo jesuita Pierre Teilhard de Chardin, estudiante de Teología en Inglaterra en el momento del descubrimiento de Piltdown y que llegó a participar en las excavaciones. El paleontólogo y biólogo evolutivo estadounidense Stephen Jay Gould, prolífico autor y divulgador, publicó en 1979 un estudio sobre la intriga de Piltdown en el que atribuía la máxima responsabilidad a Teilhard; según Gould, algunos de los huesos que se encontraron en las fosas de Piltdown provenían de países en los cuales Teilhard había recogido muestras en viajes anteriores. Pero siguen habiendo muchos otros candidatos, como científicos rivales de Woodward (en ese sentido encabeza la lista el profesor William Johnson Sollas) y hasta apuestas pintorescas, como la que señala al periodista y escritor Arthur Conan Doyle, inventor de Sherlock Holmes y proclive a lo sobrenatural.

Pese al tiempo transcurrido todavía hoy persiste el enigma de la autoría del hombre de Piltdown y esa incertidumbre no hace sino incentivar la especulación sobre los posibles propósitos. ¿Fue una broma que se descontroló? ¿Una simple gamberrada? ¿Una trampa deliberada entre paleontólogos? ¿Una acción guiada por sentimientos nacionalistas? ¿O por afán de notoriedad? Que no hubiese indicios de que se persiguiera la obtención de beneficios económicos induce a pensar que tal vez se trató de un *fake* incipiente: un *protfake*.

No puede decirse lo mismo de otros casos notorios de fósiles fraudulentos. El creciente coleccionismo de fósiles, tanto por parte de instituciones como de particulares, ha generado un mercado muy lucrativo agudizando las tretas de los malhechores y la candidez, o aquiescencia, de los expertos a pesar del intimidatorio precedente de Piltdown. China es hoy mismo el mayor centro mundial de producción de fósiles falsos que luego se comercializan ilegalmente en el mercado internacional. No debe parecernos extraño cuando en China existen poblaciones enteras dedicadas a fabricar reproducciones exactas de obras pictóricas y antigüedades: al parecer disponen de un ejército de copistas que dejarían en ridículo a los famosos cartógrafos del cuento de Borges, aquellos capaces de hacer mapas que coincidían con total exactitud con el territorio mismo. Ese engaño se convierte a menudo en un auto-engaño colectivo a nivel nacional: la prestigiosa revista *Science* (24/12/2010, nº 330) rubricaba las declaraciones del Dr Jiang-Da-yong, paleontólogo de la Universidad de Pekín, denunciando que el 80% de los especímenes de reptiles marinos actualmente presentados en museos chinos "habían sido alterados o recompuestos en diferentes grados de artificialidad". Los ciudadanos chinos acuden pues a los museos para ser engañados impunemente con quimeras de especies inexistentes.

Elijamos un caso reciente para compararlo con la "conspiración" de Piltdown (algunos medios llegaron efectivamente a referirse a una conspiración) y que mantiene con aquélla la búsqueda del grial que encarnaba el "eslabón perdido" aunque en este caso se trataba del eslabón perdido entre las aves y los dinosaurios terópodos. La historia del Archaeoraptor, que llegó a colarse en las sacrosantas páginas de *National Geographic* en noviembre 1999, es igualmente digna de una novela de suspense. En julio de 1997 en Xiasanjiazi, en la región de Liaoning al este de China, unos granjeros se encontraban excavando unos estratos de pizarra en busca de fósiles para venderlos a los traficantes, cuando consiguieron desenterrar el esqueleto deslavazado de un extraño pájaro dentado que mostraba impresiones de plumas. El fósil se rompió en varios trozos cuando intentaron extraerlo. Cerca se encontraron otros pedazos, incluyendo una cola emplumada así como unas patas. Los granjeros ensamblaron esos fragmentos de la forma que suponían correcta, a sabiendas de que el esqueleto completo sería más valioso. Lo vendieron en junio de 1998 a un distribuidor anónimo que lo pasó de contrabando a los Estados Unidos (la legislación china considera los hallazgos paleontológicos como patrimonio protegido inenajenable del país). Seguidamente el fósil fue adquirido por 80.000 dólares por el Museo de Dinosaurios de Blanding, Utah, propiedad del matrimonio Stephen y Sylvia Czerkas. Estos contactaron con el paleontólogo Phil Currie, quien a su vez informó a la *National Geographic Society*. Currie aceptó ocuparse del fósil a condición de que fuera devuelto a China una vez concluido el estudio. La *National Geographic Society* contribuiría con financiación a cambio de reservarse la exclusiva en la gestión del descubrimiento. Como que el museo daba largas a un compromiso para la restitución de lo que consideraban su particular joya de la corona, Currie previno de la situación al Instituto de Paleontología de Vertebrados y Paleoantropología de Pekín que, a cambio de una prórroga, exigieron la participación en el estudio de uno de sus investigadores, el Dr Xu Xing. Después de numerosos análisis y avatares incluyendo pactos de silencio, chivatazos y chantajes entre los implicados que ponían en juego los intereses de unos y otros, y a pesar incluso de que las revistas *Nature* y *Science* rechazaran publicar el estudio, *National Geographic* decidió contra viento y marea consagrar un reportaje al Archaeoraptor. Muy poco después Currie, Xu y su equipo de expertos concluían de forma inapelable que se trataba de un *collage*: la parte inferior, la cola y las patas pertenecían a un animal distinto al resto del cuerpo, y el rompecabezas se habría confeccionado con fragmentos auténticos de tres especímenes distintos, identificados con exactitud en los estudios subsiguientes. En junio del 2000 los fósiles regresaron a China y en octubre de ese año *National Geographic* se vio forzada a enmendar la plana publicando un artículo de rectificación².

² http://www.nationalgeographic.com.es/mundo-ng/tras-la-pista-del-archaeoraptor-2_920
El artículo lo firma el veterano periodista Lewis M. Simons. La siguientes líneas pertenecen al párrafo introductorio: "Para Bill Allen, editor de National Geographic, [el Archaeoraptor liaoningensis Sloan] fue un quebradero de cabeza enorme. El pasado noviembre, la revista proclamaba que el descubrimiento del fósil en una empobrecida región del nordeste de China proporcionaba "un eslabón perdido en la compleja cadena que conecta a los dinosaurios con las aves", y se felicitaba de contribuir a financiar la investigación. Dos meses más tarde, cuando resultó que el fósil había sido hábilmente ensamblado con partes de diferentes criaturas, es decir, era un fraude, Allen pasó con rapidez de la sorpresa a la humillación y el enfado.



Metodología del *fake*

"Fake" es un término inglés que se traduciría como falso o falsificación, pero su migración al mundo del arte y del activismo le ha hecho rebasar su perímetro semántico original adquiriendo matices y mandatos particulares que han terminado conformando un género autónomo. El *fake* se ajusta al sentido de la alocución de "dar gato por liebre", hacer pasar como verdadero un contenido que es falso, pero su misión esencial no es el engaño o el fraude sino el acto de trasgresión que opone al poder de una autoridad informativa la fuerza de la sospecha y de la crítica. Si la información es poder, el *fake* aspira a generar un contrapoder. El caso del Archaeoraptor se reduce a un engaño y a un fraude, pero carece de categoría de *fake* (como género); en cambio el Hombre de Piltdown se presta a la duda ya que quien o quienes perpetraron la impostura podrían, entre otras suposiciones, haber destinado esa bomba de relojería a víctimas hipotéticas como la propia arrogancia de la ciencia o una apelación a mayor prudencia y rigor, o una reducción al absurdo de la injerencia del orgullo patriótico... El anonimato del autor o autores, insisto, permite interpretar como objetivos, casuales o calculados, todos los efectos que finalmente han terminado produciéndose, ya sea directamente o como daños colaterales. Discernir entre *fake*, fraude y engaño nos obliga a diferenciar todo un bagaje terminológico que involucra en su corazón la distinción entre verdad y mentira con que tuve a bien iniciar este escrito. A riesgo de reduccionismo simplificador pero con propósito de clarificación práctica se podría proponer la siguiente distinción:

-falsedad: no equivalencia entre el discurso y el hecho. Es una propiedad del juicio. Es competencia de la ontología.

-mentira: voluntad consciente de desviar el discurso del hecho. Es una propiedad del discurso. Es competencia del conocimiento.

-engaño: acción consciente para que una mentira sea aceptada por el receptor como verdad. Es una propiedad de la voluntad. Es competencia de la ética.

-impostura: engaño con apariencia de verdad. Es una propiedad de la retórica. Es competencia de la comunicación.

-fraude: es un engaño del que el emisor obtiene un beneficio y el receptor un perjuicio. Es una propiedad de la interacción social. Es competencia de la ley.

-ficción: es algo fingido, simulado. Es un enunciado que tiene que ver con lo imaginado y no con los hechos. Es una propiedad de la experiencia. Es competencia de la epistemología.

-*fake*: es una ficción impostada, es decir, con apariencia de verdad, que se infiltra en dispositivos de transmisión de la información y se camufla bajo la apariencia de un género familiar y reconocible. Es una estrategia de la creación. Es competencia del arte.

El *fake* socava los mecanismos de legitimación y veridicción difundiendo informaciones falsas o tergiversadas. Su funcionamiento se basa en una paradoja: por un lado, el *fake* debería quedar lo más camuflado posible, por otro, debería desencadenar un proceso reactivo donde quede claro que se trata de una información falsa, de una trampa. Un *fake* que no se descubre es un *fake* fallido. Tanto el *fake* como otras técnicas de contrainformación pretenden crear una distancia respecto a las formas y enunciados que nos vienen desde las estructuras de poder cultural, social y políticamente aceptadas. La naturaleza subversiva del *fake* constituye una posibilidad para intervenir en debates actuales y desacreditar posiciones hegemónicas. En base a ello se podría establecer un decálogo de la metodología en la construcción de un *fake*, con unas reglas básicas que podrían ser las siguientes:

1- Proponer un argumento plausible: introducir el relato dentro de un contexto que resulte aceptable para el público y que evite suspicacias.

2- Oportunidad en el tiempo y en el lugar: provechar unas circunstancias de pertinencia e idoneidad. No debe existir incoherencia entre el argumento y el momento y el espacio en el que se presenta, al contrario, debe parecer natural y no forzado.

3- Predisposición de la audiencia. Determinar sus niveles de credibilidad/credulidad: es mucho más fácil colar una historia a aquel que está deseando creérsela o le supone un beneficio.

4- Encuadrar el relato en un marco auténtico, reconocible y verificable, que infunda seguridad al receptor y no dispare sus alarmas.

5- Dejar margen a la ambigüedad y al equívoco. Inducir a la audiencia a rellenar aquello que se sugiere pero no se dice. Esa dosis de contribución personal genera empatía con el proyecto.

6- Desviar la atención sobre los puntos conflictivos o inverosímiles hacia otros más plausibles y no objetables: valerse de las técnicas de distracción del ilusionista.

7- Activar los prejuicios del público, sus apriorismos, sus lugares comunes, sus rutinas... Detectar por tanto esos componentes previos y redirigirlos en beneficio del relato.

8- Desimplicarse uno mismo del relato para implicar al receptor. El creador del *fake* debe desaparecer, camuflarse o minimizar su relación con el relato para permitir enfatizar el efecto sobre el receptor. Se debe mostrar indiferencia y distanciamiento respecto al relato.

9- Aplicar retóricas de persuasión (como las técnicas del charlatán vendedor de crecepelo). Por ejemplo, utilizar una terminología especializada y sofisticada fuera de la comprensión del receptor medio u otros sistemas intimidatorios que dejen al receptor en un estado de vulnerabilidad.

10- Valerse de figuras de autoridad como elementos de legitimización externa. Esas figuras de autoridad pueden ser entidades o personas físicas, y en ambos casos pueden actuar en connivencia con el creador del *fake* o ser instrumentalizados por éste y actuar de forma inadvertida.

De hecho todas estas reglas valen igualmente para los timos callejeros, para la persuasión publicitaria o para la propaganda. Parecidas recomendaciones figurarán en cualquier manual del arte de la seducción. Lo que distintivamente prevalece en el *fake* es el rumbo pedagógico y la misión profiláctica en la aplicación de todas estas tácticas. Es decir, el propósito es precisamente desenmascarar esas reglas, hacerlas visibles cuando lo habitual es que permanezcan solapadas y nos resulten indetectables. Prevalece en definitiva una actuación deconstructiva sobre los sistemas de transmisión de información y de experiencia.

La naturaleza como *Wunderkammer*

Como caso de estudio y ejemplo de aplicación práctica puedo aportar mi proyecto sobre el *Hydropithecus*, iniciado en 2001. Ese *work in progress* tiene como marco de referencia al Hombre de Piltdown y al *Archaeoraptor*, y arranca con las sabrosas controversias entre el Creacionismo, para el que, los fósiles sólo constituirían los residuos de una colosal paella en el albor de los tiempos –Jorge Wagensberg *dixit*–, y el Evolucionismo, para el que los fósiles son como fotos fijas o instantáneas de la película de la vida³. O incluso arranca antes, con las tribulaciones de los primeros sabios perplejos ante esos elementos que ostentaban simultáneamente cualidades del reino vegetal, del reino animal y del reino mineral.

³ La ciencia puede contemplarse como una constelación de verdades provisionales y el extraño origen de los fósiles propició a lo largo de la historia explicaciones muy exóticas. Un científico inglés coetáneo de Darwin, Philip Henry Gosse, naturalista, paleontólogo y estudioso de la biblia, escribió en 1857 –dos años antes de la publicación de *El origen de las especies*– un libro titulado "*Omphalos*: An Attempt to Untie the Geological Knot". En él Gosse sostenía que Dios creó el mundo exactamente en el año 4004 a.C., incluyendo desde el primer momento el magnífico repertorio de fósiles que conocemos. Dios, en previsión de la curiosidad y la soberbia de los humanos, habría sembrado la tierra de pistas falsas para desorientarnos respecto a nuestro origen, o acaso para evitar que nos neurotizáramos por no tener un pasado. Entonces los fósiles no serían los elegantes vestigios de otros estadios evolutivos, sino puras trampas que permitieran a Dios guardar su gran secreto.

Hoy todo fósil nos parece una prodigiosa forma de encapsular la vida, igual que la fotografía, y entre ambos procesos sólo difiere la escala temporal: a la geología le lleva millones de años y a la cámara una fracción de segundo.

En el Mesozoico, hace doscientos millones de años, la región francesa de la Provenza que estaba sumergida en un mar profundo, empezó a emerger paulatinamente, por lo que proliferan los registros fósiles de toda clase. Tanto es así que la administración regional instituyó un parque natural en la estribaciones de los Alpes, la *Réserve Géologique de Haute Provence*⁴, para preservar justamente ese patrimonio geológico y paleontológico. Para los especialistas, lo más valioso en ese "santuario de la naturaleza" es el conjunto de esqueletos completos únicos en el mundo de especies prehistóricas de sirenios, orden de los mamíferos marinos entre los que figuran en la actualidad el manatí y la vaca marina. La denominación de "sirenio" procede de una anécdota: en la antigüedad los primeros navegantes que avistaron manatíes en lontananza confundieron esas criaturas con las sirenas de la mitología –es de suponer que en la distancia corta cundiría la decepción.

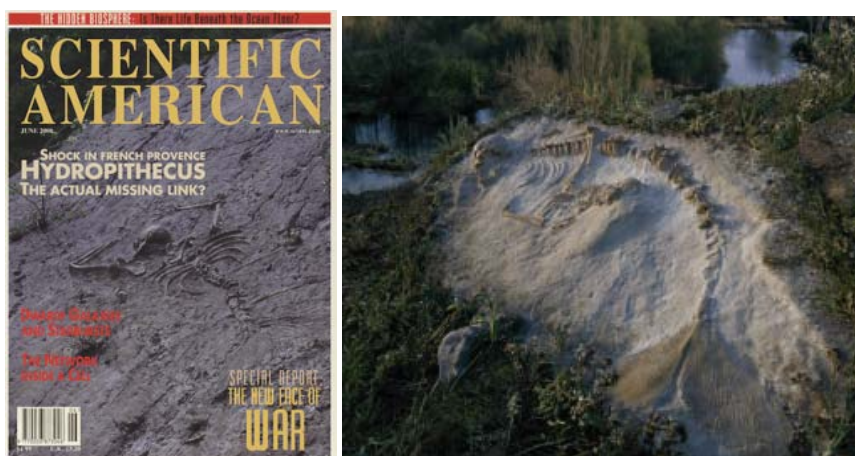
Invitado a desarrollar un proyecto en ese entorno, me propuse aprovecharme del intersticio entre lo real (los sirenios) y la fantasía (las sirenas) introduciendo una especie transicional, otro "eslabón perdido", cuyos lazos evolutivos eran más deudores de una migración en el orden de lo mítico que de lo biológico. Así nació el hidropiteco, que en griego se traduciría como "mono de agua", un homínido con una increíble anatomía: su torso de primate no terminaba en dos extremidades posteriores sino en una aleta caudal –igual que las sirenas. El hidropiteco habría vivido en el Mioceno inferior, etapa Burdigaliense, hace unos 18 millones de años, y se emparentaba con la familia formada por el uranopiteco, el dryopiteco, el ramapiteco y el silvapiteco, pero insertando una anomalía entre la línea de primates y la genealogía humana. Lo preocupante era que esa fisura desbarataba la elegancia del diseño darwinista y avivaba la hipótesis de un habitat acuático para la gestación del hombre.



Compuse los ejemplares de hidropiteco a base de moldear huesos humanos (extraídos del osario de la catedral de Digne-les-Bains, la capital territorial) y ensamblarlos con huesos de delfín. Las piezas se producían en resina sintética, resistente a la intemperie, teñida del color del estrato calcáreo donde quedarían

⁴ <http://www.france-voyage.com/francia-guia-turismo/reserva-geologica-alta-provenza-1447.htm>

implantadas; la humedad de la zona recubría con rapidez la pieza de mohó obteniéndose una pátina de apariencia muy genuina. Además los esqueletos de hidropiteco eran colocados en lugares de difícil acceso para los visitantes, que debían contentarse con observarlos desde una cierta distancia. En cada emplazamiento se dispuso una placa informativa, con el mismo grafismo y dispositivo institucional que las placas destinadas a los fósiles auténticos (logos de la reserva, del Ministerio de Cultura, etc.), aunque el texto explicativo contenía algún elemento disonante que debería poner en guardia a los visitantes con las antenas bien orientadas. Además se distribuían folletos –la reserva recibe un cuarto de millón de turistas al año– en los que se ofrecían diferentes circuitos de visita con señalizaciones de las principales atracciones, hidropitecos incluidos. Adicionalmente, en el Musée Gassendi de Digne-les-Bains –un museo de provincias de contenido transversal incluyendo secciones de historia, ciencias naturales, etnografía y arte– se dedicó una sala permanente a los hidropitecos. La museografía de esta sala adopta las características divulgativas propias de las instituciones académicas, con paneles explicativos, vitrinas, videos, fotografías, réplicas de los ejemplares y dioramas.



En esta sala también se proporciona al visitante la historia de los hidropitecos y de su descubrimiento, que funciona como el respaldo narrativo en el cual esas criaturas cobran verosimilitud. Un geólogo local, el padre Jean Fontana, discípulo del eminente Albert de Lapparent, descubrió los esqueletos petrificados en 1947. El hilo argumental continúa con el impacto que produce este descubrimiento tan revolucionario y el temor de las autoridades eclesiásticas, aún con el resquemor por los sucesos de Piltdown, que ordenan al padre Fontana enterrar de nuevo los hallazgos y frenar su divulgación a la espera de un dictamen definitivo de los expertos. Sin comprender el rumbo de los acontecimientos pero obediente a sus superiores, visiblemente frustrado y retirado a sus clases en el *Petit Séminaire* de Digne, Fontana murió en un extraño accidente de escalada en 1955, ocurrido en una de las paredes verticales de las Gorges de Verdon. Los restos de los hidropitecos permanecieron desde entonces sepultados y olvidados hasta que en 2001, otra vez fortuitamente, aquellas excavaciones paleontológicas vuelven a salir a la luz y se recupera todo el trabajo de investigación del padre Fontana. En su honor esa especie de homínido ha pasado a ser conocida como *Hydropithecus fontanus*.



Las reacciones a mi intervención geológica no se hicieron esperar, y las hubo de todos los colores, incluso actos de vandalismo como expresión violenta "contra la provocación" que el proyecto suponía. Es obvio que hubo también posturas de complicidad, pero es más productivo remitirse a las críticas que abren espacio al debate. Así, el director del *Institut Géologique Albert de Lapparent* envió una carta de protesta al Musée Gassendi para que me fuera trasladada. Entre ofendido y sarcástico se lamentaba: "Seguramente es un efecto de la edad que mitiga mi sentido del humor, pero no me ha gustado. Entre engaño, panfleto y malicia, es difícil elegir. Hubiese preferido que A.F. Lapparent no se hubiera visto afectado por esas depravaciones. Nos ocurre a menudo tener que batallar contra los integristas de todo pelaje que la toman con la ciencia, los fósiles y los investigadores, pero esta vez es una forma totalmente nueva de difundir la duda y la falsedad... Finalmente les envidio por vivir en un país de abundancia cuyas colectividades locales se prestan a financiar tales charlotadas." Se podría rebatir diferentes cuestiones pero la de mayor calado es la condena a difundir la duda, que es justamente el objetivo del *fake*. Negarse a dudar significa abrazar el dogma, abrazar verdades absolutas e inmutables, en definitiva, abrazar verdades fosilizadas.

Cuando en otra ocasión fue un grupo de maestros el que se quejó de la confusión que la presencia de los hidropitecos generaba entre sus alumnos, la dirección de la Reserva, algo asustada, publicó un folleto destinado a los docentes que efectuaban visitas guiadas al parque de fósiles con una justificación un tanto condescendiente que empezaba con título de manifiesto: ¡Dudad! Luego se citaba al naturalista italiano Antonio Vallisnieri, quien en el s. XVII, para combatir la impostura y despertar la agudeza de sus estudiantes y de quienes visitaban su gabinete en Padua, mezclaba verdaderas piezas de historia natural con "monstruos" y con piezas artificiales. Se trataba de una apelación al principio de autoridad: la misma ciencia institucionalizada ya había recurrido a esa estrategia. Y después de esa introducción justificadora del método, se pasaba al corpus doctrinal que debía esclarecer la finalidad: "En la sociedad en la que nos encontramos, la información nos llega por numerosos canales, procediendo de numerosas fuentes y destinada a ámbitos muy variados. Esta profusión provoca un entumecimiento del sentido común que nos inhibe a menudo a la hora de interrogarnos sobre la validez de lo que nos es dicho. Este entumecimiento es la puerta abierta a la desinformación y a la manipulación. El sentido común es el último bastión frente a una ciencia y una tecnología cada vez más deshumanizadas y complejas, y de las que muy pocos dominan las premisas. Sin caer en la paranoia tipo "Expedientes X" sobre los complots mundiales, es muy conveniente cuestionarse constantemente. El filósofo

Alain [pseudónimo de Émile-Auguste Chartier] decía: "La duda es la sal del espíritu". ¿Es preciso creer sin titubear a todos esos expertos invitados a la cabecera de nuestro planeta cuando a menudo no hacen sino contradecirse? El objeto de esta presentación en la que los trazos han sido deliberadamente exagerados para evitar que los visitantes caigan en la trampa, consiste pues en inducirles a interrogarse e interrogarnos sobre la realidad de los hechos y de las interpretaciones, y sobre su actitud frente al discurso científico o artístico".

Yo hubiese preferido replicar que donde los maestros se quejaban de duda y confusión entorpeciendo su cometido educativo, yo veía en cambio la oportunidad y el estímulo para inducir un pensamiento crítico que no se limitase a la mera transmisión pasiva de datos. Porque más allá de la envoltura de un relato que puede resultar cautivador dentro de los parámetros de la ciencia-ficción, el hidropiteco es ante todo una máquina de transgresión, un artificio que nos confronta con la confusión de géneros, con la infiltración de la información y con los sistemas de veridicción. En definitiva, un falso fósil que cual Caballo de Troya contribuye a desfosilizar la verdad.

Joan Fontcuberta